

Periódico Republicano

AÑO II.

GRANOLLERS 16 ABRIL 1904.

NÚM. 20.

NUESTRA PROTESTA

Ese mismo gobernador que, de acuerdo con nuestro alcalde, prohibió la manifestación que había de celebrarse el diez y siete de Enero en esta Villa, para honrar la memoria de nuestros padres que murieron en defensa de la libertad, ha presidido el miércoles pasado una manifestación tumultuosa y antilegal que no tenía más objeto que protestar, con escándalo, en medio de la vía pública, contra el diario «La Publicidad» y contra dignos y legítimos representantes del pueblo de Barcelona.

No solamente carece de justificación la protesta, sino que, además, hecha en los términos en que se hizo, parece más propia del continente Africano que de una ciudad europea.

Lerroux y Junoy han observado con motivo de la venida del rey á Barcelona una conducta correctísima, tanto, que hasta han llegado á ser censurados, injustamente, por los más exaltados. Lerroux y Junoy no han hecho otra cosa, con motivo del expresado viaje, que exponer lealmente sus opiniones desde las columnas de «La Publicidad», condenando prácticas de Gobierno que son las que llevan la miseria y la desesperación al pueblo.

¿Por qué, pues, protestar de Lerroux y de Junoy? ¿Por qué gritar mueran? Hubiesen dicho

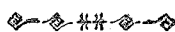
los autores de la protesta mueran la libertad de pensamiento, mueran la libertad de imprenta al amparo de las cuales se evidencian todos los vicios de nuestra sociedad y se ofrecen los remedios en perjuicio de unos cuantos egoístas, y hubiesen sido más sinceros, haciendo revelación de sus propósitos.

En cuanto á la forma de protestar, nunca vimos juntos tanto descaro por parte de las autoridades y tanta villanía por parte de los manifestantes.

Delante del cuartel de la Guardia Civil, rodeados de policía y acompañados por el Gobernador Civil, cuatro ó cinco mil hombres cargados de dinero, pero descargados de valor y de vergüenza, vociferaban, pidiendo las cabezas de los diputados republicanos y alentándose para asaltar la redacción de «La Publicidad».

Es esta una nueva página de salvagismo escrita por nuestros gobiernos, que seguramente habrá de contribuir á cimentar, aún más, ante todos los países cultos, nuestra reputación de africanos.

LA RAZÓN, en nombre del derecho hollado y de la libertad escarnecida, protesta de tan incalificables actos, y envía un cariñoso saludo á la redacción de «La Publicidad» y á los diputados Junoy y Lerroux.



LA POLÍTICA INGLESA

Cuando se trata de juzgar la política internacional de las naciones, es frecuente atenerse sólo á los móviles más ó menos interesados que inspiran su conducta. De aquí que en ocasiones se mire con antipatía á ciertos pueblos, de los que se dice que no han tenido más norte en sus relaciones con los demás, que su propio interés, siendo así que si nos atuviéramos para juzgarles á los efectos, á los resultados obtenidos con su política, no podríamos menos de declarar, en muchos casos, que ésta ha sido altamente beneficiosa para el progresivo desarrollo de la humanidad.

Esto ocurre al juzgar de la política internacional inglesa durante el siglo XIX, siendo suficiente una ligera ojeada por la historia de este periodo para convencerse de estas aseveraciones.

El gran poder de Napoleón, que difundió con sus ejércitos las ideas de la Revolución por toda Europa, necesitaba un contrapeso, si no había de constituir un peligro para la libertad, que pusiese límite á la desenfrenada ambición de aquel génio, que cumplía, sin darse cuenta, una de las más grandes misiones de la Historia. Este contrapeso fué la nación inglesa, que desde la ruptura de la paz de Amiens hasta Waterloo sostuvo un duelo á muerte con el coloso que terminó sus días en Santa Elena, custodiado por soldados ingleses.

Pero aquélles, causa de la ruina de Bonaparte, casi crueles con él en sus últimos instantes, son después, en la política internacional, los más fieles guardadores de los principios que él difundió con su ambición y su espada.